



EN TIEMPOS CRUDOS

José Ignacio Frion

(colección de haikus)

Maquetado y
publicado por:



libreconfiguracion.org

José Ignacio Frión llega a PGP habiendo escrito mucho ya. Para sí, para buscar y encontrar. Dos talleres de haiku y el encuentro con un reto; ajustarse a la medida de cinco, siete, cinco sílabas.

Una curiosidad que se convirtió en pasión y después en este libro que tanto deseamos dar a conocer. Es el triunfo de la tranquilidad y del afán, de las cosas pequeñas bien hechas.

José Ignacio, ha sabido introducirse por sí mismo en la manifestación de un zen laico y occidental de una manera completamente natural y libre. Este autor inédito y este libro son tesoros encontrados que han dado vida a una aventura editorial.

Nuestro agradecimiento y apoyo al amable Frión.

Proyecto Genoma Poético

EN TIEMPOS CRUDOS

En este patio,
de las palabras sabias,
el Haiku ordena.

Sin disidencias,
camina la hormiga.
en perfecta fila.

Torpe destino,
a donde nadie llega,
sombras de miedo.

Apuntan alto,
ciclópeos cipreses,
pero no atinan.

Niños con hambre,
indecentes moscas,
liban lágrimas.

Un ciego toca,
con fervor de amante,
la frágil flauta.

Los tiempos tiemblan,
en sísmica convulsión,
fin de los mitos.

Los cereales,
ansían el estío,
y las gavillas.

En su cabaña,
el humilde labriego,
caliente sopa.

En un calmo mar,
la perezosa barca,
los remos mecen.

Bellos parajes,
el espíritu vela,
para deleite.

En su paraíso,
el viejo jardinero,
las flores mima.

Irreal sueño,
caballos mecánicos,
que beben agua.

Hombres que andan,
rápidos y sin pausa,
no así el caracol.

Vuelan las hojas,
amenazante llega,
ya el otoño.

Talan el bosque,
fantasmas de hierro,
tiemblan las ramas.

La barca lleva,
rémoras en su casco,
las olas del mar.

Muestra su honor,
espigado y firme,
el bambú enano.

Fugaz estrella,
cansado universo,
que atraviesa.

La vieja geisha,
vendió su kimono,
cenarán arroz.

Flor de plástico,
naturaleza muerta,
ojos de ciego.

Indolentes almas,
en universos sordos,
hacen la siesta.

Tranquila poza,
en la paz de la tarde,
disfruta el silencio.

Con su espada,
el temible samurái,
templa el caos.

Transita necio,
el tren de los amores,
por vías muertas.

Fija en la mente,
su nombre es olvido,
pero nada dice.

Un niño llora,
abre tus pechos mujer,
maldita la sed.

Se conjugaron,
en íntima soledad,
agua y piedra.

El faro de la costa,
con sus jirones de luz,
alumbra poesía.

Altas montañas,
en quiméricos intentos,
rozan el cielo.

En tiempos crudos,
las amenazas paren,
razones locas.

Bellos zapatos,
que en ajenos pies,
porta el cocodrilo.

Rutas angostas,
los destinos persiguen,
con impotencia.

Piar de ave,
grito de natura,
se rasga el silencio.

La primavera,
alegra el paisaje,
el frío huye.

Monjes sabios,
a las puertas del templo,
quemán incienso.

El tiempo barre,
la precoz inocencia,
cual hojas secas.

La blanca nieve,
de furor rojo se tiñe,
en ignominia.

Nada existe,
en el seco silencio,
sí agonía.

Estrecha franja,
entre dioses y hombres,
tierra de nadie.

Cae la gota,
y en la negra poza,
suenan el agua.

El último tren,
por secas vías muertas,
errante vaga.

Cuelgan andamios,
de la absurda nada,
su frágil sogas.

Como guardianes,
vigilando sus ojos,
densas pestañas.

Niños descalzos,
camino a la escuela,
todo es lodo.

El vino de arroz,
alegra el banquete,
de los maestros.

El bonsái crece,
al transcurrir del tiempo,
sin prisa alguna.

Labora el gusano,
dentro del capullo,
en el que muere.

Rostros de papel,
máscaras de asombro,
gestos del miedo.

En Nagasaki,
el encogido viejo,
aún recuerda.

Huye errante,
tan llena de espato,
la brújula loca.

En luna llena,
aúllan más los perros,
clara ausencia.

En los jardines,
del sol naciente,
la armonía.

El viejo árbol,
condenado a morir,
dejó retoños.

El gran tsunami,
acabó con los sueños,
y con la pesca.

La primavera,
persigue al verano,
cual amante.

Las chispas lucen,
al escapar del fuego,
cual luciérnagas.

Flores pintadas,
en mortecinos lienzos,
secos pinceles.

En abundancia,
se prodiga la calma,
por la montaña.

El trigo crece,
mañana será el pan,
que otros coman.

Canta cigarra,
porque tu tosco trino,
crea música.

Manos rugosas,
que abrazan espigas,
dura nobleza.

El arco mide,
en la tensa espera,
la queda diana.

La flauta suena,
las aves la imitan,
cual sinfonía.

Fría escarcha,
que en largas noches,
clama venganza.

El peregrino,
nunca se olvida,
de sus raíces.

Sentados en corro,
escuchan los niños,
anciano narrador.

Colina abajo corre,
el loco del pueblo,
tras sus fantasmas.

La bella geisha,
alberga en su pecho,
sueños de seda.

Hermoso canto,
derrocha la alondra,
en el ciruelo.

La piel que porta,
disfraza de cordero,
al temible lobo.

Tras su ventana,
masca el anciano silencios,
a ratos fuma.

Llanura calma,
caballos sin dueño
pastan felices.

Con elegancia,
aguas del lago Biwa,
el tranquilo cisne

Majestuosa,
la serpiente de coral,
cimbrea su cola.

Mar de ilusiones,
donde varan los deseos,
en duras rocas.

Del carro tiran,
en indolente marcha,
mansos bueyes.

Los ruiseñores,
alegran con sus trinos,
tediosas tardes.

Es primavera,
los cerezos estallan,
en mil fulgores.

Llora la niña,
al romper su muñeca,
de porcelana.

Entre las ramas,
del centenario cedro,
un cuco canta.

Por las esquinas,
inalterables pulgas,
un perro rasca.

Hija del arroz,
de míseras cosechas,
vive el hambre.

Sobre el puente,
los ancianos meditan,
el río fluye.

Al anochecer,
junto al cementerio,
el loco canta.

En la mañana,
voces de sakuhachi,
hace el viento.

Escasea el arroz,
el jefe de la aldea,
llora impotente.

Refleja en la cara,
la complaciente geisha,
destellos de nieve.

Corta el puñal,
en trozos la manzana,
ayer, los cuerpos.

La amapola,
esparce por el campo,
su color de labios.

En las orillas,
del lago Kawaguchi,
la grulla pesca.

La vendedora,
de verduras y miel,
cuenta dinero.

En la fría escuela,
los alumnos responden,
todos a una.

La radio dice,
que se ganó la guerra,
la viuda calla.

De color arroz,
blanquean los pañuelos,
en las cabezas.

Camina descalza,
por angosto sendero,
la vieja coja.

Fanáticos venidos,
de allende los mares,
imponen su dios.

Lava en el arroyo,
sus sangrientas manos,
el matarife.

Fieros samuráis,
mataron a su hombre,
la mujer llora.

En la taberna,
un borracho vomita,
agriado sake.

Al viejo zorro,
le parece el mundo,
todo gallinas.

Alegre aldea,
enmascarados ogros,
rompen la fiesta.

La vieja sin dientes,
antaño presumida,
hoy ríe poco.

Un caballo solitario,
apareció en la aldea,
buscan al guerrero.

El trigo crece,
temiendo la llegada,
de la cruel hoz.

Del jardín fluyen,
balsámicos aromas,
rosa y jazmín.

Dulce su boca,
rica miel de Tochigi,
liban abejas.

En la penumbra,
famélicos fantasmas,
el mal agita.

Muestra la calma,
el bondadoso rostro,
del anciano.

Los nenúfares,
se bañan complacientes,
en el estanque.

Al atardecer,
regresan en silencio,
los campesinos.

Se desposaron,
en el jardín japonés,
agua y piedra.

Calienta el sol,
los rostros se protegen,
de su castigo.

Al árbol caído,
el fogón de la cocina,
presta sus llamas.

Niños con hambre,
cuencos llenos de arroz,
devoran sueños.

Los ojos rasgados,
de la joven geisha,
pestañean esquivos.

En el tejado,
suena como shamisen,
el fuerte granizo.

Para poetas,
de irreales mundos,
la luna brilla.

Como cada martes,
aparece el mendigo,
que busca su ración.

Asesinaron,
el despiadado usurero,
nadie sabe nada.

Lejos del puerto,
en su pequeña barca,
el pescador dormita.

Cede el bambú,
mas tras el feroz viento,
se endereza.

Llegó de la capital,
la hija del maestro,
los curiosos miran.

Tiñó de rojo,
la insaciable guerra,
los arrozales.

Extrañas sombras,
inquieta en la noche,
los perros ladran.

La niña juega,
su hermanito en brazos,
es el muñeco.

Si la posada es buena,
pregunta el caminante,
en cuando llega.

Repite la rana,
entre los nenúfares,
un mismo canto.

Murió el actor,
en el antiguo teatro,
de luto el arte.

El cuerno suena,
llamando a las gentes,
destructor fuego.

Verdes orugas,
en el frondoso jardín,
devoran grosellas.

En la fría poza,
una mujer desnuda,
baña su cuerpo.

La tos delata,
lluvia sobre sus hombros,
en el arrozal.

La feliz abuela,
con artríticas manos,
teje bufandas.

En la arena,
acuáticos fantasmas,
abandonan las olas.

De lejos llegan,
despiadados bandidos,
asolan la aldea.

Solo en su capullo,
el gusano de seda,
bien se afana.

El viento ruge,
bajo la manta sudan,
tiernos amantes.

La madre carga,
con su hijo a cuestras,
todo su amor.

Va la experiencia,
cosida al kimono,
de su maestro.

En los bancales,
húmedos arrozales,
dibujan poemas.

Viejas sandalias,
por la angosta senda,
calza el hambre.

Apedrean los niños,
al sarnoso perro,
que veloz huye.

Al sordo anciano,
recuerdos de soldado,
el té aviva.

Del campesino,
su preciado tesoro,
hoz y azada.

Empecinada,
en encontrar marido,
sola la luna.

La gran riada,
inundó de duelo,
hasta las casas.

Pobre caminante,
vacío y con hambre,
en su zurrón.

La geisha mira,
con disimulado encanto,
el palo de incienso.

Hoy no se trabaja,
la nieve de la noche,
por fuerza lo impide.

Mueren las olas,
en la orilla del lago,
sin aspavientos.

Tras la batalla,
los huérfanos de guerra,
cavan tumbas.

Oníricos ladrones,
mientras el niño dormía.
robaron su cunita.

Dientes gastados,
que ayer fueron perlas,
ya no mastican.

A nadie fía,
el dueño del almacén,
hambre sin crédito.

Dentro del jarrón,
las flores de loto,
lucen frágiles.

La lluvia no cesa,
bajo la ausente mirada,
del campesino.

Campos arados,
geométricas líneas,
recrean el paisaje.

Sumisa cumple,
los necios caprichos,
de su señora.

En su primitivo dojo,
el anciano sensei,
aún enseña.

La fría escarcha,
en la oscura noche,
busca venganza.

El miedo guía,
la amenazada vida
del humillado.

Como cualquier día,
a pesar de ser fiesta,
los gallos cantan.

La casa en pie,
tres de la madrugada,
parto de primeriza.

Es medianoche,
y hasta los fantasmas,
vigilan cautos.

El viejo fogón,
cocinó tanto arroz,
como se tuvo.

Tras la jornada,
se entrega a sus sueños,
la fatigada shikomi.

Mira el viejo,
el acabar del tiempo,
en la certeza.

Cubre de blanco,
la nieve de la mañana,
encogidos hombros.

En la mente,
del maestro de zen,
todo es sabiduría.

Exquisito saber,
en entretenimiento,
ofrece la geisha.

Los gorriones,
picotean el arroz,
del nevado suelo.

No tiene dueño,
este frío invierno,
sí ahijados.

Majestuosas,
las libélulas rojas
en remolino.

Cristalina faz,
estanque de los lotos,
refleja la luna.

Arde incienso,
por quien nunca regresó,
sí su memoria.

Bajo su sandalia,
pegadas a la suela,
infinitas leguas.

El enterrador,
siempre bebe solo,
en la taberna.

Bajel hundido,
en los bajíos secos,
de sus recuerdos.

La bella geisha,
canturrea ausente,
su salmodia.

En la gran boda,
corrió tanto el sake,
como el arroyo.

La nacarina concha,
aprisiona cautiva,
la codiciada perla.

Se llevan preso,
a un padre de diez hijos,
mató al usurero.

Los peregrinos,
al arribar al templo,
juntan las manos.

Triste mañana,
amenaza invierno,
emigran aves.

Enamorado,
los ojos de la muchacha,
perlas parecen.

Cual fiel amigo,
el árbol del camino,
presta su sombra.

Bajo el hielo,
peces de color rojo,
nadan soñando.

En la ladera,
un campesino pobre,
cava sin tregua.

El cuervo grazna,
en un tenso presagio,
un nuevo luto.

José Ignacio Frion.
Leganés, Madrid.
Junio de 2013



libreconfiguracion.org